

ligioso y social, llevaba en sí el principio de su muerte. Un fatalismo mortal pesaba sobre las acciones de los musulmanes. El despotismo no podía ser mas absoluto. Sin gerarquías en el orden religioso como en el orden civil, todo está sujeto á la voluntad omnipotente de un hombre solo, á la vez monarca, pontífice, juez supremo y general de los ejércitos. Era un crimen variar la legislación, porque la legislación era dogma. Estaba prescrito el estacionamiento eterno. Todos los demas pueblos marchan con los tiempos, adquieren nuevas ideas, modifican con arreglo á ellas sus instituciones. El pueblo musulman permanece inmóvil: su religion le prohíbe moverse: tiene que envejecer, tiene que morir como era en su infancia. Esta era la religion que traian nuestros conquistadores. Recuérdese la débil pintura que del cristianismo hicimos en el tomo II. de nuestra obra: cotéjese con el islamismo que acabamos de bosquejar, y júzguese si sufren comparacion, si la Providencia podia permitir que de la religion pura del Crucificado en Jerusalem triunfara la moral lasciva del voluptuoso apóstol de la Arabia (1).

II. La conducta de los conquistadores de España habia sido en lo general conforme á las máximas y

(1) Las leyes y disposiciones que hemos citado las hemos tomado del mismo Coran. Trad. de Sale.—Id. de Du Ryer.—Garnier, vida de Mahoma, trad. de Abulfe-

da. No hemos visto algunas rectificaciones que Hammer hace á Sale y á Sacy en sus noticias sobre la religion musulmana.

preceptos del Coran. La política se lo hubiera aconsejado, aun cuando el deber no se lo hubiera impuesto: que era el pueblo español demasiado respetable, y ellos no muchos en número al principio para que les conviniese exasperarle. Pero política, ó deber religioso, ó todo junto, es lo cierto que á los cristianos que se les sometieron, que fueron los mas, dejáronles el libre ejercicio de su religion y de sus ritos, y permitiéronles gobernarse por leyes y jueces propios, y conservar sus tierras y haciendas si bien afectas á un tributo, al tenor de las capitulaciones de Córdoba, de Toledo y demas ciudades sometidas. Así los sentidos lamentos, los quejidos elegiacos que con el nombre de *Llantos de España* copiamos en otro lugar de la Crónica del Rey Sábio (1), eran mas bien la espresion del justo dolor de ver una patria subyugada y una falsa religion enseñoreándose en ella, que la pintura exacta de la situacion y de los hechos: porque ni todos los templos fueron destruidos, ni todos los obispos y sacerdotes degollados, ni perecieron todos los fieles, ni todas las ciudades fueron arrasadas: antes quedaron ciudades y templos, y subsistieron fieles y sacerdotes, y monjes y preladados, si bien en una dependencia lastimosa y humillante.

¿Cuál fué la suerte que corrieron estos cristianos mozárabes que vivian mezclados con los hijos de Is-

(1) Tom. II. lib. IV. cap. VIII. al final.

mael? A pesar de lo que ordenaba el libro del Profeta, la condicion de estos desgraciados estaba sujeta á la voluntad mas ó menos despótica y á los sentimientos mas ó menos generosos ó crueles de cada emir, y tambien á los caprichos ó á los arranques de intolerante celo del pueblo musulman. Abdelaziz que los habia considerado, bien por efecto de su condicion blanda y apacible, ó por agrandar y complacer á su esposa Egilona la cristiana, infundió sospechas y dió celos á los ardientes ismaelitas, y le costó morir, asesinado por los suyos. Ayub, que recorrió muchas provincias arreglando la administracion, hizo justicia por igual, dicen las historias, á musulmanes y cristianos. El-Horr, cuyo carácter duro y guerrero contrastaba tanto con el de Ayub, si bien exigió rigurosamente á los mozárabes los tributos á que estaban sujetos, no se mostró menos implacable con los mismos muslimes. Ambiza distribuyó tierras entre los árabes sin perjudicar á los cristianos. Yahia, que reunia el esfuerzo y pericia militar á un carácter severo y justiciero, favoreció á los cristianos contra las violencias de los musulmanes, pero escitó el descontento de estos, y fué causa de su deposicion. Alhaitan, de genio duro, vengativo y cruel, irritado por las turbulencias de los alcaides, hizo pesar sobre los mahometanos un yugo de hierro, con el pretexto, verdadero ó falso, de proteger á los cristianos contra sus vejaciones. Mohamed ben Abdallah hizo entregar

á los mozárabes los templos que les pertenecian con arreglo á los pactos, mandando al propio tiempo arrasar los que las autoridades musulmicas habian permitido construir de nuevo, merced á las gruesas sumas que para otorgar su permiso arrancaban á los cristianos.

Pero las propias medidas y castigos que los emires mas humanitarios y tolerantes se veian forzados á tomar é imponer contra las arbitrariedades y demasías, ó de otros emires, ó de los alcaides y walies, relativamente á los pobres cristianos, ya en el ejercicio de su culto, ya en la posesion de sus bienes, ya en las exacciones de los tributos, prueban cuán angustiosa era la situacion de los infelices mozárabes, pendientes de la voluntad de un emir despótico, ó del fanatismo, de la codicia y de la rapacidad de un walí ó de un alcaide subalterno.

Notablemente mejoró su condicion cuando la España musulmana se emancipó del Califato de Damasco. El primer Omniada, Abderrahman, no solo se mostró tolerante, sino que llevó su respeto y su justicia hasta crear en Córdoba un magistrado con el cargo y título de protector de los cristianos. Institucion benéfica, en demasía tal vez, puesto que tanto halago y contemporizacion pudo ser causa de que se entibiára en algunos el fervor religioso, y de que otros llegáran á apostatar, como lo hacen creer los matrimonios que ya comenzaban á celebrarse entre

cristianos y musulmanes, la guardia de tres mil mozárabes que creó para sí Alhakem I., y las sentidas quejas que emitieron luego los celosos escritores católicos Alvaro, Eulogio y Samson. A favor, pues, de esta tolerancia interesada y política, había obispos que regentaban sus iglesias en Córdoba, en Málaga, en Baeza, en Guadix, en Elvira, en Ecija, en Martos, y en otras poblaciones, principalmente de la España Meridional y Oriental: los sacerdotes se presentaban en público con el traje de su profesión, con su barba rapada y su ropa talar; los monges vivían tranquilos en sus claustros; las vírgenes consagradas á Dios eran respetadas en sus modestos asilos, con arreglo al mandamiento del Profeta: «respetad á los monges y solitarios.» En la misma corte del imperio, en Córdoba, había tres iglesias y tres monasterios: en la vecina sierra y á las márgenes del Guadalquivir se contaban hasta ocho monasterios y varias iglesias: y el pueblo á toque de campana concurría á los templos y asistía á los divinos oficios sin que nadie se atreviera á inquietarle (1).

¿Subsistirá este estado, no lisonjero, pero en alguna manera tolerable para el pueblo cristiano? Pronto soplará el vendabal de la persecucion que vendrá á turbar su efímero y mal seguro reposo. Pronto sobrevendrá una era de martirios, y sangre preciosa

(1) Isid. Pacens.—Eulogio, Rodrigo, Morales, Florez. Samson, Alvaro Cordobés.—Don

de fervorosos cristianos enrojecerá las calles y los campos de Córdoba. Pronto vendrán, pero no anticipemos siquiera estos infaustos tiempos.

Digno es de notarse cuán diferente comportamiento observaban los sarracenos en su lucha con los cristianos españoles y en sus guerras domésticas, intestinas y civiles. Al lado de las capitulaciones benignas con aquellos, estremece la ferocidad aterradora que desplegaban con sus propios correligionarios. Como si fuesen los sencillos partes de una victoria, eran enviadas al emir las cabezas cortadas de los walíes rebeldes, y hacíanlas servir despues ó para trasmitirlas al califa cuidadosamente alcanforadas en cajas lujosas como un delicioso presente, ó para festonar con ellas las murallas de las ciudades. El primer Omniada, aquel noble y generoso Abderrahman, que creaba una magistratura protectora de los cristianos, que erigia y dotaba escuelas, y enseñaba á sus hijos á disputar en las academias literarias los premios del saber, que desahogaba su corazón en tiernas baladas, y confiaba la ternura de sus sentimientos á las palmeras de sus jardines, tenía la cruel complacencia de hacer cortar la cabeza, pies y manos al cadáver de Alí Ben Mogheitz, y de enviar á Cairwan sus mutilados miembros para exponerlos clavados en un madero en la plaza pública con un rótulo ignominioso. Apenas se concibe que el bondadoso, el humanitario Hixem, el que abrazaba llorando al hermano que acababa de

disputarle el trono, el que daba á su hijo consejos y preceptos que honrarian al mejor de los príncipes recibiera como deleitosa ofrenda las cabezas de los vencidos caudillos que le remitía el wali Otman. Que aquellos mismos hombres que no podían resistir á las tiernas caricias de una esclava, y á los halagos de una *Redhya* ó de una *Zahira*, fueran los que ordenaban y presenciaban impasibles el acuchillamiento de un pueblo, los que degollaban en una sola noche á cuatrocientos nobles convidados á un banquete, y saboreaban al día siguiente el bárbaro placer de enseñar al pueblo sus cabezas destilando sangre; los que guardaban las márgenes del Guadalquivir con una hilera de trescientos jefes empalados.

Si como españoles y como cristianos consultáramos solo el interés de nuestra patria y de nuestra religión, parece que debiéramos celebrar estos terribles holocaustos, puesto que sacrificadores y víctimas todos eran musulmanes, y todo redundaba en descrédito de sus creencias y en enflaquecimiento de su poder. Pero hay en el hombre un sentimiento que no puede ahogar el interés de la patria, y que le hace mirar con lástima y horror tan trágicas escenas. Este sentimiento es el de la humanidad. Que á lo menos sirva la memoria de tales sacrificios para compadecer á aquellos pueblos que como el mahometano, están sujetos á los caprichos de un solo hombre, que reasumiendo en sí todos los poderes y todas las sobe-

ranías, dispone á su antojo de las vidas de sus súbditos, sin que haya tribunal en lo humano que le impida reposar tranquilo sobre los mutilados troncos de sus víctimas: que tal era la índole y la organización del gobierno establecido por Mahoma.

¿Cómo se explica esta mezcla de ferocidad y de ternura, de generosidad y de fiereza de nuestros dominadores? El árabe, impetuoso y ardiente como su corcéel, violento en sus pasiones y en sus arranques, es generoso, galante y agradecido, pero vehemente en sus odios, ciego en sus iras é implacable en sus venganzas. La venganza es para él un artículo de religión, se trasmite como una herencia, y se hace inextinguible. Además de ser por lo común en todas partes y en todos tiempos las guerras civiles más crueles y sangrientas que las que se sostienen contra pueblos extraños, éranlo mucho más entre los musulmanes de España, en que los odios y rivalidades de tribu, de raza y de familia comenzaron á mostrarse profundos y rencorosos desde Muza y Tarik, para proseguir sañosos entre árabes y africanos, entre Abasidas y Omeyas, entre Fehries y Moawias, como después habían de continuar entre Almoravides y Almohades, para perpetuarse por siglos hasta su mútua y comun destrucción. Pudo contribuir á tan ruda ferocidad la necesidad en que se veían de reprimir con el escarmiento y el terror la tendencia de los walis y gobernadores y de los caudillos de las tribus á la in-

subordinacion, á la rebeldía y á la independenciam, acompañadas las mas veces de la traicion y la perfidia. Es lo cierto que hasta el fanatismo religioso desaparecia ante el odio de razas, y que Yussuf Ibnalarabi, Balhul y demas caudillos rebeldes, no escrupulizaban de invocar la ayuda de los príncipes cristianos, ni de acaudillar bandas y capitanear huestes de enemigos de su fé, á trueque de vengarse de sus propios emires, y estos por su parte tampoco dificultaban de hacer treguas y pactos con los monarcas católicos, reservando toda su ardiente ojeriza, toda la fogosidad de sus odiosos ímpetus para los díscolos musulimes, y unos y otros trataban con mas saña á los enemigos de su estirpe ó de su tribu que á los enemigos de Mahoma y del Coran. Esta habia de ser una de las causas mas poderosas de su perdicion. ¡Ojala los cristianos hubieran sabido explotar mas en su provecho estos elementos de disolucion y de ruina!

III. Como del gobierno, de las leyes y de las costumbres de los conquistadores siempre se trasmite algo á los pueblos conquistados, cuando es larga y detenida su mansion en ellos, natural consecuencia de las relaciones sóciales que entre los dos pueblos, por antipáticos que sean, se engendran siempre, y que vienen á reflejar y aun á formar parte de su fisonomía, de sus hábitos, de su vocabulario, y hasta de sus instituciones, no nos es posible desentendernos de hacer algunas observaciones sobre la índole y for-

ma del gobierno y administracion de los árabes en España.

Mientras la España musulmica estuvo sujeta á los califas de Damasco y á los walfes supremos de Africa, su gobierno no podia ser sino un reflejo del de Oriente, y participar de su misma organizacion y estructura. La necesidad obligó, no obstante, á los árabes españoles en mas de una ocasion á apartarse de las formas legales y á proveerse á sí mismos de emir ó gefe que los gobernára, sin órden del Califa y aun sin su consejo. Asi aconteció con los nombramientos de Ayub y de Yussuf el Fehri, hechos en una asamblea de jeques ó sea de los principales y mas ancianos personajes de cada tribu; y á una asamblea de este género se debió la eleccion de Abderrahman ben Moawiah, y la revolucion que produjo el establecimiento del imperio musulmico español independiente del de Damasco, con trono, gobierno y dinastía propia. Que asi en los estremos casos proveen todos los pueblos á su conservacion, y los mas avezados al despotismo practican como impulsados por una inspiracion secreta é instintiva el ejercicio de una soberanía que teóricamente no conocen.

Desde entonces comenzaron á introducirse en el imperio y corte de Córdoba empleos y cargos que no se habian conocido en el Oriente. El *mexuar*, ó consejo de estado, establecido por Abderrahman y al que consultaba en los casos árdus y negocios graves,

ejerció atribuciones supremas durante las discordias civiles, y siendo como el plantel de donde se sacaban los altos funcionarios del estado, habia de irse convirtiendo en una especie de institucion aristocrática. Elegíase de entre sus miembros el *hagib* ó primer ministro, al modo del gran visir de Oriente, cuyas facultades se estendian á todos los ramos de la administracion. Seguian los *catibes* ó secretarios. Un magistrado, que los romanos habrian nombrado censor, entendia en los delitos contra las costumbres públicas, y estaba investido de atribuciones terribles, y facultado hasta para imponer por sí la pena de muerte, dado que rara vez la decretáran é impusieran. Encomendada estaba la administracion de la justicia á los *cadies*, á quienes presidia el *cadí de los cadies* ó juez supremo, que residia en la capital; este era el que fallaba las causas en apelacion, y su autoridad era tan respetada, que el mismo califa ó emir tenia que comparecer ante él cuando era citado. Tenian bajo de sí los *cadies* un funcionario subalterno llamado *alwacil* ó alguacil, encargado de prender los delinquentes y de ejecutar las sentencias criminales.

Tan sencilla como era la administracion de justicia, lo era tambien la económica. Ademas de la capitacion impuesta á los cristianos, cuya cuota solia variar segun las circunstancias y segun la condicion y carácter de arbitrarios gobernadores, habia dos clases de rentas del estado, el *azaque* y los derechos de aduana. El

azaque consistia en la décima de los frutos de la agricultura, ganadería, minería y comercio. Destinábanse estas rentas al mantenimiento del califa y de sus funcionarios, á los gastos de guerra, á la construccion y reparacion de obras públicas, á la dotacion de escuelas y maestros, y al rescate de cautivos y alivio y socorro de los musulimes desvalidos ó pobres. Los productos de aduanas se cree consistian tambien en la décima de las mercancías importadas y exportadas. Percibíanse por un administrador, almojarife, nombre y empleo que se conservó durante algunos siglos entre los cristianos, como se conservó en la corona de Aragon y otros puntos el de almotacen, ó fiel medidor, que entendia en todo lo relativo á pesos y medidas, calidad de los comestibles y policia urbana. Aplicábanse al fisco los bienes de los que morian sin herederos. Siendo tan sencillo el plan de los impuestos, no podia menos de ser igualmente sencilla y fácil la administracion. El valor de las rentas subió al paso que se fué fomentando la agricultura y el comercio, y desde Abderrahman I. hasta Abderrahman III. hubo un aumento desde trescientos mil dinares, hasta cinco millones cuatrocientos ocho mil. Conócese la importancia que los árabes daban á la estadística, pues desde los primeros gobernadores ó walíes, desde Alzama hasta que se declaró el reino independiente, hicieron ya varios censos y empadronamientos generales de España para la mas conveniente distribu-

cion de los impuestos. El recaudador general residía en la corte, y tenía sus subalternos en las provincias.

Estas fueron cinco según la división hecha por Yussuf el Fehri, á saber: Andalucía, Toledo, Mérida, Zaragoza y Narbona. Al frente de cada una de ellas había un *wali* ó gobernador. Abderrahman hizo una nueva división territorial, quedando repartida en seis provincias, á saber: Toledo, Mérida, Zaragoza, Valencia, Granada y Murcia. Narbona había dejado de pertenecer á los árabes, y Córdoba era la capital del reino. Había además otros doce *wazires* ó gobernadores subalternos en doce de las más principales ciudades después de las referidas. En las demás ciudades y fortalezas tenían establecidos *alcaldes*, nombre que se ha conservado también en España aplicado á diferentes empleos. Creáronse los *walies* ó comandantes de frontera para aquellas comarcas que estaban más expuestas á las invasiones ó acometidas de los cristianos.

Es digno de reparo que el sistema de sucesión al trono entre los árabes fuese tan semejante al que regía entonces la sociedad cristiana. Mixto de electivo y hereditario, el califa designaba de entre sus hijos el que prefería para que le sucediese en el imperio, y atendiendo más, ó á las cualidades personales del hijo, ó al cariño y predilección del padre que al orden de progeneración, á veces le asociaba á sí y com-

partía con él la gobernación del estado, á veces solo cuando se sentía próximo á la muerte manifestaba su voluntad de que fuese reconocido *alhadí* ó futuro sucesor del reino. Convocaba para esto á los altos funcionarios del estado, *cadíes*, *walies* y *wazires*, y á los principales jeques de las tribus, y ante aquella asamblea de los más ilustres personajes musulimes nombraba al que tenía designado por futuro emir y pedía su reconocimiento. Otorgábasele ordinariamente sin réplica ni oposición los próceres musulmanes, y todos por su orden iban besando la mano al príncipe electo en señal de obediencia y fidelidad. A la muerte del califa se aclamaba solemnemente al príncipe jurado, se rezaba por él la *chothba* ú oración pública en todas las *aljamas* ó mezquitas del imperio, y esta ceremonia se repetía al fallecimiento de cada emir. Apenas esta libertad de preferencia de los padres dejó de producir en cada sucesión quejas, pretensiones, rebeliones y guerras de parte de los hijos ó deudos que se creían injustamente postergados.

IV. Hemos indicado las principales leyes de la guerra prescritas en el Corán. Vistoso espectáculo debería ser el de un campamento árabe en España. Al fin de cada jornada y al acercarse la noche hacia alto la hueste, y desplegaba sus tiendas y pabellones que con los bagages llevaban siempre consigo al uso de Oriente, conducidos en ligeros carros y acémilas, y en camellos, especie introducida por los árabes en

nuestra península, como antes los cartagineses habian importado los elefantes de Africa, que tanto estupor causaron al pronto á los españoles, y tanta parte tuvieron en el éxito de algunas batallas. Largas hileras de estacas servian para tener sujetos los caballos y mulos: los camellos acurrucados en grupos entreteñíanse en rumiar: los guerreros se sentaban en derredor de las hogueras: las diversas formas y colores de los gorros y turbantes que distinguían á los berberiscos de los persas, á estos de los sirios, de los egipcios y de los árabes de todas razas, completaban la variada visualidad de aquel cuadro nocturno: que conservaron nuestros invasores por mucho tiempo en toda su originalidad y pureza, aunque los modificaron despues sin perder nunca el tinte oriental, los trages, colores y formas que diferenciaban á cada tribu, raza ó nacion. Allí al fulgor de las hogueras se contaban en su animada, pintoresca y espresiva lengua, sus antiguas hazañas ó sus azares del dia, y exornándolos con la poesía natural á sus fecundas imaginaciones, y ávidos de aventuras y de cuentos pasábanse hasta que el cansancio los rindiera, los unos relatando su historia, los otros escuchándola sin pestañar. Por la mañana plegábanse las tiendas, cargábanse los carros y los camellos, enfrenábanse los corceles, y se emprendia otra jornada. Los restos humeantes de las hogueras indicaban donde habia acampado el ejército musulman.

Hábiles para la sorpresa, y propensos á la guerra de montaña, mas semejante en esto á los españoles que á los demas pueblos que les habian precedido en la conquista, fuesen cartagineses, romanos ó godos, mil veces desde las fragosas y enmarañadas sierras de Ronda y de la Alpujarra, ó desde las asperezas del Pirineo, fatigaron los rebeldes sarracenos á los emires de Córdoba, ó tenían en jaque continuo á los cristianos con sus correrías y súbditas invasiones á que daban el nombre de *algaras*, y á que se prestaba asi la ligereza de sus caballos como la agilidad y destreza de los ginetes. Pero topáronse en España con gente que no les cedia en inclinacion, inteligencia y práctica de este linage de guerra. Y por otra parte la preferencia que los árabes daban á la caballería fué en las batallas campales una de las desventajas que tuvieron para luchar con la infantería española, y una de las causas mas frecuentes de sus derrotas y descalabros.

Su marina militar tan escasa en los primeros tiempos de la conquista, que Yussuf el Fehri hubo de suprimir por innecesario el cargo de almirante ó emir del mar, recibió desde el primer Abderrahman tal desarrollo y fomento que sus fuerzas navales no solo bastaban para poner la Península al abrigo de las continuas irrupciones de los moros de Africa y de los francos de Aquitania, sino que derramándose sus naves por el Mediterráneo, las islas y las costas de España, de la Galia, y de Italia, no podian verse libres



de las continuas agresiones de las flotas musulmanas, y los insulares de Córcega, de Cerdeña y de las Baleares se veían incesantemente acosados por atrevidos corsarios sarracenos que desde los puertos de España salían á devastar sus poblaciones marítimas y los obligaban á buscar un asilo en el corazón de las montañas.

Pero artistas y poetas los árabes, al propio tiempo que guerreros y piratas, los hemos visto batallar y fundar escuelas, degollar en las lides y disputar en los certámenes literarios, manejar el alfange y pulsar la lira, incendiar ciudades enemigas y erigir aljamas suntuosas, piratear en los mares y cultivar jardines, saquear poblaciones cristianas y construir palacios, acueductos y baños, adornar con cráneos humanos los lienzos de las murallas y cantar baladas amorosas en los artesonados salones de sus alcázares.

Expresiva y animada la lengua de los árabes, casi todos sus nombres personales significan alguna cualidad moral ó física. Los de las mugeres por lo comun son tomados ó de las gracias ó de las virtudes ó de bellos objetos del arte ó de la naturaleza; como *Redhiya*, dulce ó agradable; *Nocima*, graciosa; *Kinza*, tesoro; *Maliba*, bella; *Sobeiha*, aurora; *Zahira*, florida; *Naziha*, deliciosa; *Ommalisam*, la de los lindos collares; *Amina*, fiel; *Zaida*, dichosa; *Lobna*, blanca como la leche. De la misma manera los hombres gustaban de tomar un sobrenombre significativo, como *Al-*

*Sherif*, el ilustre; *Al-Admed*, el deseado; *Saddilz-Allah*, el testigo de Dios, *Al-Radhi*, el benigno; *Al-Mudhaffar*, el vencedor; *Al-Mostayn-billah*, el que implora el auxilio de Dios; *Abder-el-Rahman*, servidor del misericordioso; *Obeid-Allah*, humilde servidor de Dios, etc.

No usaban los árabes el nombre de familia; distinguíase solo, como en otra parte hemos indicado ya, por el de su padre; que añadian al suyo con la palabra *ben* ó *ebn*, de que hicieron muchas veces *aven* los europeos. Al nombre del padre solían agregar los de muchos de sus abuelos. «Entre nosotros, decía Numan, en uno de sus diálogos, no encontrarías á nadie que no pudiese nombrar sus padres hasta la vigésima generación, sin omitir un grado.» A estos nombres añadian el de la tribu. Así tenían los nombres de los árabes aquella longitud tan propia para fatigar la memoria. El emir Yussuf de quien tantas veces llevamos hecha mención, se nombraba *Yussuf ben Abderrahman ben Habib ben Abi Obeida ben Okba ben Nafte el Fehri*. El *Fehri* era el patronímico de la tribu de *Fehr*, como el *Gafequi*, el *Yemeni*, los de las tribus de *Gafek* ó del *Yemen*, y así de los demas.

Otras cualidades y costumbres de los árabes tendremos ocasion de ir observando en el curso de la historia. Prosigamos ahora nuestra interrumpida narración.